

Viña del Mar,
Noviembre 29 de 1962.-

Querida Flora:

Ayer pasé al correo y... ¡encontré tu libro! Me lo mandaba y regalaba nuestra hermana Gabriela. Me vine a casa y, sin más, empecé su lectura. Hoy acabo de terminar la Primera Parte. Tu libro me parece sencillamente ¡estupendo! Ayer, mientras lo leía, varias veces me sorprendí con los ojos llenos de lágrimas; pues revivía aquellos épocas lejanas, aquellas épocas bajo las encinas y veo todo cuanto nos rodeaba, veo a mi mamá, mi papá, a Pepe, tu marido, a ti misma, a mis hermanas menores, en fin, a todo ese mundo que vivió allá con nosotros. ¡Qué lindo y qué lejos está todo eso ahora! Pero un libro como el tuyo lo evoca de una manera tan nítida y tan viviente que, a cada momento, me parece que puedo llegar hasta allá y verlos a todos reunidos. Nuevamente, Flora, ¡te felicito! Me pregunto ahora: "¿Por qué todo aquello habrá terminado...?" No, no ha terminado. En alguna parte tiene y tiene que subsistir y allí han de estar todos gozando en la inmovilidad del tiempo. Es lo que tú me has hecho pensar y creer.

Otra vez: ¡felicitaciones! Y pasemos a otras cosas mientras nos ausentamos unos instantes de aquel caserón de Lo Herrera:

Muy bien me parece el telegrama que has pensado mandar a la Lila. Hay que apresurar esta cuestión pues estoy contando cada peso que debo gastar.

¿Qué encuentra de tan divertido que haya dormido con Enrique Bello? Lo considero un muy buen amigo, un amigo sincero y de ideas que me placen.

A Alfonso le deseo un feliz viaje. Salúdalo a mi nombre lo mismo que a esas niñas y a su mujer. Ojalá le preguntaras a la menor de todas si ahora puede o no puede darme la mano...

Bueno, Flora, van una vez más mis felicitaciones que son - ¡créemelo! - totalmente sinceras.

Un abrazo de tu hermano,

Felipe

→ PiLo.